

A Henri Bosco

Prólogo

I

En este librito de simple ensueño, sin la carga de ningún saber, sin las restricciones de un método de investigación, quisiéramos decir en una serie de capítulos breves qué clase de renovada ensoñación experimenta un soñador cuando contempla una llama solitaria. Entre los objetos del mundo que provocan el ensueño, la llama es uno de los máximos *productores de imágenes*. La llama nos obliga a imaginar. Desde el momento en que uno sueña, lo que percibe frente a una llama no es nada comparado con lo que imagina. La llama impone su intensidad de metáforas y de imágenes a los más diversos dominios del pensamiento. Si suponemos que es el sujeto de uno de esos verbos que expresan la vida, veremos que le confiere a ese verbo una animación adicional. El filósofo que recurre a las generalizaciones lo afirma con tranquilidad dogmática: “Eso que llamamos vida en la creación es un mismo y único espíritu, una única llama, en todas las formas y en todos los seres”¹. Pero semejante generalización llega demasiado rápido al objetivo. Es más bien en la multiplicidad y en los detalles de las imágenes donde debemos hacer sentir la función de productoras de imaginación

¹ Johann Gottfried von Herder, citado por Béguin, *L'Ame romantique et le rêve*, Marsella, Cahiers du Sud, t. I, p. 113 [ed. en español: Fondo de Cultura Económica, México, 1978].

de las llamas imaginadas. El verbo *encender* debe ingresar, entonces, en el vocabulario del psicólogo. Domina todo un sector del mundo de la expresión. Las imágenes del lenguaje encendido encienden el psiquismo, infunden una tonalidad de excitación que una filosofía de lo poético debe precisar. Gracias a la llama, considerada como objeto de ensueño, incluso las *metáforas* más distantes se vuelven verdaderas *imágenes*. Mientras que las metáforas no suelen ser más que pensamientos que se desplazan movidos por la voluntad de decir mejor o de otra manera las cosas, la imagen, la verdadera imagen, cuando es vida primera de la imaginación, abandona el mundo real por el mundo imaginado, imaginario. A través de la imagen imaginada conocemos ese absoluto del ensueño que es el *ensueño poético*. Correlativamente, tal como tratamos de probarlo en nuestro libro anterior –¿pero acaso un libro puede agotar de una sola vez toda la convicción de su autor?– conocemos nuestro ser soñador productor de ensueños. Un ser soñador feliz de soñar, activo en su ensueño, posee una verdad del ser, un porvenir del ser humano.

Entre todas las imágenes, las imágenes de la llama –tanto las ingenuas como las alambicadas, las prudentes como las locas– ostentan el signo de la poesía. Todo soñador de llama es un poeta en potencia. Todo ensueño frente a una llama es un ensueño admirable. Todo soñador de llama se encuentra en un estado de ensoñación primordial. Esa admiración primordial hunde sus raíces en un pasado lejano. La llama nos provoca una admiración natural, una admiración innata, nos atreveríamos a decir. La llama implica una agudización del gusto de mirar, un más allá de lo ya visto. Nos obliga a mirar.

La llama nos exige ver como si fuera la primera vez: tenemos miles de recuerdos, soñamos todo a la luz de la personalidad de una memoria de años, y sin embargo soñamos como todo el mundo y recordamos como todo el mundo recuerda –entonces, obedeciendo a una de las leyes más constantes de

la ensoñación frente a una llama, el soñador vive en un pasado que no es únicamente suyo sino el pasado de los primeros fuegos del mundo.

II

Así la contemplación de una llama perpetúa un ensueño primordial. Nos aísla del mundo y agranda el mundo del soñador. La llama es en sí misma una gran presencia, pero cerca de ella uno sueña que está lejos, muy lejos. “Uno se pierde en ensoñaciones.” La llama permanece ahí, menuda e inestable, luchando para conservar su ser, mientras que el soñador se aleja en sueños hasta perder su propio ser, soñando en grande, muy grande –soñando el mundo.

La llama es un mundo para un hombre solo.

Si el soñador de llama le habla a la llama, entonces se habla a sí mismo, y se vuelve poeta. En la medida en que agranda el mundo, el destino del mundo, cuando medita acerca del destino de la llama el soñador agranda el lenguaje, pues expresa una belleza del mundo. Gracias a esa expresión pancalisante, el propio psiquismo se agranda y se eleva. La meditación de la llama ha nutrido de verticalidad al psiquismo del soñador, le ha dado un alimento verticalizador. Un alimento aéreo, opuesto a todos los “alimentos terrestres”. No existe un principio más activo para infundir de sentido vital a las determinaciones poéticas. Volveremos a estas determinaciones en un capítulo especial dedicado a ilustrar la máxima de toda llama: arder bien alto, siempre más alto para asegurarse de que irradia luz.

Si se quiere alcanzar esa “altura psíquica”, es necesario insufflar materia poética en todas las impresiones. Creemos que ese aporte poético bastará para otorgarles la unidad deseada a los ensueños que reunimos bajo el signo de la vela.

Esta monografía podría subtitularse: *La poesía de las llamas*. De hecho, fue la decisión de estudiar un único tipo de ensueños la que nos hizo separarla de un libro más general que esperamos publicar con el título de *La poética del fuego*.

III

Limitando por ahora nuestras investigaciones y restringiéndonos a la unidad de un único ejemplo, esperamos llegar a una *estética concreta*, una estética que no estaría afectada por polémicas filosóficas, una estética que no estaría racionalizada por cómodas ideas generales. La llama, la llama sola, puede concretar el ser de todas sus imágenes, el ser de todos sus fantasmas.

El objeto que vamos a investir con imágenes literarias es tan simple —¡una llama!— que esperamos ser capaces de establecer una comunión de imaginaciones. En el caso de las imágenes literarias de la llama, el realismo ofrece cierta garantía al basarse en la realidad. Las más fantásticas imágenes de la llama coinciden en este punto. Tienen el insigne privilegio de volverse imágenes verdaderas.

Una paradoja de nuestras investigaciones sobre la imaginación literaria: hallar la realidad a través de las palabras, dibujar con los vocablos, podría ser factible en este caso. Las *imágenes habladas* traducen la extraordinaria excitación que provoca la más simple de las llamas en nuestra imaginación.

IV

Todavía nos falta explicar otra paradoja. Si se tiene en cuenta nuestra determinación de vivenciar las imágenes literarias en toda su actualidad y nuestra ambición aún

más grande de probar que la poesía es una fuerza activa de la vida contemporánea, ¿no resulta una paradoja inútil incluir tantos ensueños bajo el signo de la vela? El mundo avanza rápido, el siglo se acelera. Ya no es tiempo de faroles y bujías. Sólo los sueños perimidos se apegan a las cosas caducas.

Es fácil responder a esas objeciones: los sueños y los ensueños no se modernizan tan rápido como las acciones. Nuestras ensoñaciones son verdaderas *costumbres psíquicas* profundamente arraigadas. La vida activa no las perturba demasiado. Un psicólogo podría reconstruir a través de ellas todos los caminos de la más antigua cotidianidad.

Los ensueños de la luz mínima nos condujeron al reducto de la cotidianidad. Pareciera haber en nosotros ciertos rincones oscuros que sólo toleran una luz vacilante. Un corazón sensible ama los valores débiles. Comulga con los valores que junto con la luz escasa luchan contra las tinieblas. Por eso todos nuestros ensueños de la *luz mínima* conservan su realidad psicológica en la vida actual. Tienen un sentido, e incluso diríamos que tienen una función. En efecto, pueden aportarle a una psicología del inconsciente un verdadero sistema de imágenes para interrogar al soñador de manera discreta y natural, sin generar la sensación de que se trata de un enigma. El soñador se siente en su casa en el ensueño de la luz mínima, el inconsciente es como su casa para el soñador. El soñador —ese doble de nuestro ser, ese claroscuro del ser pensante— tiene la certeza de ser en el ensueño de la luz mínima. Quien se confía a los ensueños de la luz mínima descubrirá la siguiente verdad psicológica: el inconsciente sereno, el inconsciente sin pesadillas, el inconsciente en equilibrio con su ensoñación, es exactamente el claroscuro del psiquismo o, mejor aún, el psiquismo del claroscuro. Las imágenes de la luz mínima nos enseñan a amar ese claroscuro de la visión íntima. El soñador que quiere conocerse como ser

soñante, lejos de la claridad del pensamiento, lo primero que intenta cuando ama a sus ensueños es formular la estética de ese claroscuro psíquico.

Un soñador de lámpara comprenderá por instinto que las imágenes de la luz mínima provienen de vigiliadas íntimas. Sus fulgores se vuelven invisibles cuando la mente trabaja, cuando la conciencia está lúcida. Pero cuando la mente descansa, las imágenes velan.

La conciencia del claroscuro de la conciencia tiene un tipo de presencia –una presencia perdurable– que hace que el ser espere el despertar –un despertar del ser. Jean Wahl lo sabe y lo dice en un solo verso:

*Oh mínima luz, fuente, alba serena*².

V

Nos proponemos trasladar los valores estéticos del claroscuro de los pintores al dominio de los valores estéticos del psiquismo. Si lo logramos, borraremos parcialmente lo que puede haber de degradante y peyorativo en la noción de inconsciente. Las sombras del inconsciente suelen realzar un mundo de fulgores en el que la ensoñación obtiene miles de alegrías. George Sand intuyó ese pasaje del mundo de la pintura al mundo de la psicología. En una nota añadida a pie de página del texto de *Consuelo*, escribió en alusión al claroscuro: “Muchas veces me pregunté en qué consistía esa belleza y cómo podría *describirla*³ en caso de querer que el secreto pasara de un alma a otra. Me preguntarán de qué modo

² Jean Wahl, *Poèmes de circonstance 1939-1941*, Lyon, Confluences, 1944, p. 33.

³ El subrayado es nuestro.

los objetos exteriores, si carecieran de color, forma, orden y nitidez, podrían exhibir un aspecto que les hable a los *ojos* y a la *mente*. Sólo un pintor sería capaz de responder: comprendo. Recordará al *Filósofo en meditación*, de Rembrandt, la enorme sala sumergida en la oscuridad, las escaleras interminables que giran de un modo extraño, los vagos fulgores del cuadro, la escena indefinida y nítida al mismo tiempo, el color intenso expandido sobre una persona apenas pintada de marrón claro y marrón oscuro; la magia del claroscuro, el juego de luz dispuesto sobre los objetos más insignificantes, una silla, un jarro, una vasija de cobre, pero de pronto esos objetos que no merecen ser mirados y mucho menos ser pintados se vuelven tan interesantes, tan hermosos a su manera, que uno no puede despegar los ojos de ellos, existen y son dignos de existir”⁴.

George Sand ve el problema, plantea el problema: ¿cómo sería posible no pintar ya ese claroscuro –es un privilegio de los grandes artistas– sino “describirlo”? ¿Cómo escribirlo? Queremos ir más lejos aún: ¿cómo sería posible *inscribir* ese claroscuro en el psiquismo, justo en la frontera entre un psiquismo marrón oscuro y un psiquismo marrón claro?

Es un problema que me atormenta desde que me puse a escribir libros sobre el Ensueño hace veinte años. No podría decirlo mejor que George Sand en su breve nota. En síntesis, el claroscuro del psiquismo es el ensueño, un ensueño calmo, calmante, fiel a su centro, iluminado en su centro, no cerrado alrededor de su contenido, sino siempre un poco desbordante, de modo que su luz impregna su oscuridad. Uno ve claramente en uno mismo y sin embargo sueña. Uno no arriesga toda su luz, no es el juguete ni la víctima de las ensoñaciones nocturnas que nos entregan atados de pies y manos a esos saqueadores del psiquismo, a esos bandidos de los bosques del sueño que son las pesadillas dramáticas.

⁴ *Consuelo*, París, Michel Lévy, 1861, t. III, pp. 264-265.

El cariz poético de un ensueño nos permite acceder al psiquismo dorado que mantiene despierta la conciencia. Los ensueños frente a una vela tendrán la forma de cuadros. La llama fomentará esta conciencia de ensueño que nos mantiene despiertos. Uno se duerme frente al fuego, no frente a la llama de una vela.

VI

En un libro reciente intentábamos establecer una diferencia radical entre el ensueño y el sueño nocturno. En el sueño nocturno reina la iluminación fantástica. Todo está iluminado por una luz falsa. A menudo se ve demasiado bien en ellos. Los misterios están dibujados con trazos definidos. Las escenas son tan nítidas que resulta fácil hacer literatura con los sueños nocturnos –literatura, nunca poesía. Toda la literatura fantástica extrae del sueño nocturno los esquemas con los que trabaja el *animus* del escritor. El psicoanálisis estudia las imágenes del sueño como *animus*. Considera que la imagen es doble y que siempre significa algo distinto de ella misma. Es una caricatura psíquica. Hay que ingeniárselas para hallar el ser verdadero detrás de la caricatura. Ingeniárselas: pensar, siempre pensar. Sin dudas haría falta que al margen de cualquier conocimiento el psicoanalista recibiera una educación poética para que pudiera disfrutar y amar las imágenes en sí mismas. Por consiguiente, menos sueños como *animus* y más ensueños como *anima*. Menos inteligencia en psicología intersubjetiva y más sensibilidad en psicología de la intimidad.

Desde el punto de vista que adoptamos en este librito, los ensueños de intimidad rehúyen el drama. No nos ocuparemos de lo fantástico desarrollado con conceptos extraídos de la experiencia de las pesadillas. Al menos, cuando nos

topemos con una imagen de llama demasiado singular como para asimilarla e integrarla al claroscuro de nuestro ensueño personal, evitaremos los comentarios extensos. Escribiendo acerca de la vela, queremos propiciar la ternura del alma. Hay que tener venganzas pendientes para imaginar el infierno. En los seres de pesadilla existe un complejo de llamas infernales que ni de cerca ni de lejos queremos alimentar.

Resumiendo: estudiar el ser de un soñador de ensueños con la ayuda de las imágenes de la luz mínima, con la ayuda de esas imágenes humanas tan antiguas, garantiza la homogeneidad de una investigación psicológica. Hay un parentesco entre la vela que vela y el alma que recuerda. El tiempo es lento para las dos. Recordar y fulgurar exigen la misma paciencia. Entonces, el tiempo se profundiza; las imágenes y los recuerdos coinciden. El soñador de llama une lo que ve con lo que vio. Conoce la fusión de la imaginación y la memoria. Se abre así a todas las aventuras de la ensoñación; acepta la ayuda de los grandes soñadores, ingresa al mundo de los poetas. Desde ese momento, el ensueño de la llama, tan unitario en su principio, adquiere una proliferante multiplicidad.

Para poner un poco de orden en semejante multiplicidad, vamos a comentar someramente los capítulos, algunos muy diferentes, de esta simple monografía.

VII

El primer capítulo todavía es un preámbulo. Debo confesar cuánto resistí la tentación de hacer un tratado científico acerca de las llamas. Hubiera sido un libro largo, pero fácil. Me hubiera bastado con escribir una historia de las teorías de la luz. El problema fue retomado siglo tras siglo. Pero por grandes que fueran las mentes que se dedicaron a la física del fuego, nunca pudieron conferirles a sus

trabajos la objetividad de una ciencia. Hasta Lavoisier, la historia de la combustión sigue siendo una historia de opiniones precientíficas. El estudio de esa doctrina supone un psicoanálisis del conocimiento objetivo. Este psicoanálisis debería borrar las imágenes para determinar la organización de las ideas⁵.

El segundo capítulo es una contribución al estudio de la soledad, a una ontología del ser solitario. La llama aislada es el testimonio de una soledad que une al soñador y a la llama. Gracias a la llama, la soledad del soñador ya no es la soledad del vacío. Se volvió soledad concreta gracias a la luz mínima. La llama ilustra la soledad del pensador, ilumina su frente pensativa. La vela es el astro de la página blanca. Hemos reunido algunos textos tomados de distintos poetas para comentar esta soledad. Personalmente hemos adoptado tales textos de una manera tan natural, que confiamos en que también sean adoptados por el lector. Confesamos así nuestra convicción en esas imágenes. Creemos que para muchos soñadores la llama de una vela es una imagen de la soledad.

Si bien tuvimos la cautela de evitar cualquier desvío en la dirección de los estudios pseudo científicos, en varias ocasiones nos llamaron la atención pensamientos fragmentarios, pensamientos que no prueban nada pero que bajo la forma de rápidas afirmaciones le infunden un impulso sin igual a la ensoñación. De modo que no es la ciencia sino la filosofía la que sueña. Hemos leído y releído la obra de Novalis. Nos impartió lecciones fundamentales para meditar acerca de la verticalidad de la llama.

⁵ Cf. Gaston Bachelard, *La Formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, París, Vrin, 1938 [ed. en español: Siglo XXI, México, 1948].